



n 3
Paris, Mayo 10/1901.

Mr. D. Miguel de Unamuno.

Mi respetado amigo:

Mucho me han alentado y fortalecido las afectuosas palabras de su carta. Desde que me maniató la tuberculosis, he alcanzado un grado de sensibilidad tan extremo que los menores detalles, ya sean favorables ó adversos, se agigantan en mí, como las sombras en los muros. Por eso le he agradecido doblemente sus bondades y le prometo formal de escribir el prólogo de mi libro.

Tengo otro tomo completamente concluido, que saldrá en Noviembre. Y trabajo actualmente en una novela de costumbres argentinas, D. Jaime, que

espero publicar en folletín en los primeros días del año próximo. Pero, por el instante, desearía acabar con la impresión de los Paisajes Parisienses y salir de París, donde estoy perdiendo las pocas fuerzas que gané en Arcachón.

Por eso le ruego que me envíe un prólogo lo más pronto que pueda.

Aquí hablamos muy a menudo de Ud con Rubén Darío y con Neruo. Ya sabe Ud el cariño con que le vemos los hispano-americanos.

Dentro de pocos días me ocuparé nuevamente de la obra de Ud en un artículo titulado los Conductores y dedicado a esa pobre juventud sudamericana tan pobre de ideales y de energías hasta ahora. Creo que



lo llevamos en la sangre, porque en España, según dicen, ocurre una cosa muy parecida. Pero si doloroso ves dormir a los que debieran estar de pie. Cuando comparo lo que es América con lo que podría ser, me invade un cansancio perado, un deseo de desangrarme y morir, para no ver avanzar y robustecerse la fatal hegemonía de los rajes. No porque resurgían en mí atávicos odios de razas, sino porque, aparte de toda preferencia de temperamento, es lamentable asistir a la muerte de un hombre robusto que no se salva por no mover los brazos.

No me olvide y reciba un afectuoso apretón de manos de un amigo

Manuel Ugarte
10, rue de Cheroy.